

PARA ENCONTRAR UN VACÍO SECRETO

Claudio RODRÍGUEZ FER, Tera BLANCO DE SARACHO, María LOPO, *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2014, 516 pp.



A lo largo de su trayectoria literaria, José Ángel Valente trató de fijar con las palabras lo que tiende a desaparecer, aquello que paradójicamente la luz oculta, levantando así el velo que impide apreciar lo que se esconde detrás de lo que aparece, distinguiendo lo que *es* al margen de lo que *parece*. De este modo, la escritura valenteana nos enseña que una imagen es siempre algo más que una mera imagen, es una refiguración, la huella de un referente que ya es ausencia, que ha sido hecho desaparecer por la propia imagen. Y es que el espacio en el que se ve —esto es, en el que se interpreta y comprende— es un espacio distinto del espacio en el que se mira, es siempre un espacio representado, simulado, y no un espacio real.

La poesía se presenta así como una constante reflexión metaliteraria sobre la propia escritura poética como refiguración de la memoria. Y más allá de esa reflexión, la poesía deja entrever la cara oculta de una vida.

Dos años después de la aparición de *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*, se publica ahora, en 2014, el segundo volumen de esta misma serie con el título de *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)* (queda fuera el cronotopo almeriense, anunciado en 2012 como parte de este libro). Como en el caso anterior, esta edición constituye una entrada bibliográfica imprescindible para ahondar en el conocimiento del imaginario creativo de un escritor que casi desde el primer momento trató de tender puentes con otras vías de conocimiento y otros lenguajes artísticos. Quince años después de la muerte de José Ángel Valente (Orense, 1929-Ginebra, 2000), conocida la totalidad de su producción (poesía, crítica literaria, escritura diarística, *versiones* de otros poetas, ensayos sobre diferentes temas culturales), nos encontramos ante un escritor que va reuniendo en torno a su obra un grado cada vez más alto de aceptación y reconocimiento por parte de los lectores.

Así, a la labor editorial llevada a cabo estos últimos años fundamentalmente por Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, que ha puesto al alcance del lector el conjunto de sus traducciones poéticas (*Cuaderno de versiones*, 2002), sus ensayos posteriores a *Variaciones sobre el pájaro y la red (Elogio del calígrafo*, 2002, título que ha de leerse como un homenaje a la figura paterna, y *La experiencia abisal*, 2004), los dos volúmenes de sus *Obras completas* (en edición de Andrés Sánchez

Robayna, 2006 y 2008) y el conjunto de anotaciones realizadas entre 1959 y 2000 y publicadas con el título de *Diario anónimo* (2011), a esa labor, decía, se suma ahora la publicación de este segundo volumen de la serie *Valente vital*, impulsada desde la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética de la Universidad de Santiago de Compostela. Si la primera entrega, *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*, apareció en 2012 con autoría compartida por Claudio Rodríguez Fer, Marta Agudo y Manuel Fernández Rodríguez, este segundo volumen, *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)*, es fruto del trabajo del propio Rodríguez Fer (director de la Cátedra José Ángel Valente), la investigadora y poeta Tera Blanco de Saracho y la profesora, traductora y ensayista María Lopo.

Como ocurría en la primera entrada de esta serie, debe reconocerse la exhaustiva y meticulosa labor de investigación y documentación que han llevado a cabo los autores de estos ensayos, quienes han trabajado directamente con fuentes de primera mano, con los materiales de Valente y no de oídas o a partir de segundas lecturas o interpretaciones de otros. A simple vista, quizás algunos lectores no alcancen a apreciarlo pero tras este volumen que ahora se nos presenta hay un trabajo ingente, descomunal, muchísimas (el superlativo no es hiperbólico) horas de consulta en epistolarios, bibliotecas, hemerotecas y todo tipo de archivos, dossiers temáticos y fondos de documentación privados y públicos. Como consecuencia de ello, lo que aquí con generosidad se ofrece al interesado en la escritura valenteana es un riquísimo venero de fuentes y posibilidades de lectura por las que acceder al universo ideológico y estético de uno de los poetas más singulares de la segunda mitad del siglo XX, un poeta que, más allá de los límites y circunstancias de su particular enclave generacional (o de aquel «pequeño grupito barcelonés», en expresión del propio Valente, que trató de gestionar el destino de un tiempo poético), ocupa un lugar relevante en la poesía europea contemporánea.

Abren el volumen Claudio Rodríguez Fer y Tera Blanco de Saracho (buena conocedora del ambiente cultural ginebrino, ciudad en la que hizo parte de sus estudios) con el documentadísimo trabajo titulado «Valente en Ginebra: Memoria y figuras» (pp. 13-361), un análisis que recorre la etapa más extensa (la correspondiente a las residencias del poeta en Ginebra y en Collonges-sous-Salève, en la Alta Saboya francesa). La gradual incorporación de Valente como funcionario internacional de la OMS en el Palais des Nations de Ginebra a partir de 1958 contó con el apoyo entregado e incondicional de su «gran conspiradora y enorme amiga» Vicenta del Valle Doménech, quien en aquel momento ya trabajaba en la ciudad helvética. Allí, además de colaborar y mantener contactos con la nutrida colonia de emigrantes gallegos, retomará su relación con Alfonso Costafreda, a quien ya había tratado en Madrid cuando los dos compartían residencia estudiantil en el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros, y allí también mantuvo encuentros con intelectuales y escritores como Alberto Jiménez Fraud, una figura central del exilio histórico español, quien dirigiera la madrileña Residencia de Estudiantes, a quien Valente había conocido en Oxford y que acabaría convirtiéndose en una persona decisiva en su evolución intelectual, María Zambrano (una *revelación* que dio comienzo en 1964), Calvert Casey, Julio Cortázar, Emilio Adolfo Westphalen (cuya poesía tenía en muy alta estima), los hermanos Juan y Luis Goytisolo (como es sabido, Valente y Juan Goytisolo mantuvieron una intensa amistad a lo largo de muchos años, una relación que, en los dos casos, incluía una extraordinaria valoración de la

escritura del otro), Juan Benet, Jorge Semprún, José-Miguel Ullán y, entre otros, Rosa Regás. Estas y otras muchas relaciones que Valente pudo mantener demuestran que, a pesar de su consabida aversión hacia la organización grupal (una aversión que no le impidió militar durante algún tiempo en el Frente de Liberación Popular), en su horizonte vital siempre hubo intereses y preocupaciones por cuestiones colectivas (o que afectaban a la colectividad), actividades literarias compartidas y acciones políticas de rechazo a diferentes dictaduras en las que Valente se implicó intensamente. Entre esas actividades, se encuentran algunas excursiones por la Alta Saboya, una zona en la que pudo visitar, entre otros lugares, el cementerio de Morette, donde habían sido enterrados combatientes de la resistencia (españoles, algunos de ellos) contra la ocupación nazi (de esa experiencia surgió el poema «Cementerio de Morette-Glières, 1944»).

Se ofrecen en estas páginas detalles reveladores de lo que fue el ambiente doméstico, familiar, laboral y literario que Valente desarrolló en el cantón de Ginebra y, desde 1975 y hasta 1979, en la vecina región francesa de la Alta Saboya: las condiciones de su trabajo como traductor en la OMS, que tan poco le satisfacía, las relaciones con sus hijos (difíciles y tensas, en algunos momentos), los encuentros, muchas veces en su propia casa, con otros escritores, sus visitas frecuentes a las librerías (una de sus favoritas, especializada en literatura esotérica y mística, era la librería Delphica). A lo largo de ese periodo Valente experimentó la pérdida a través de la enfermedad y la muerte de algunas personas muy próximas (su hijo Antonio, que moriría un tiempo después, en 1989, con 32 años como consecuencia de su adicción a las drogas, su hija María, que murió prematuramente con apenas cinco meses, su padre, sus amigos Alfonso Costafreda y Calvert Casey, cuyos suicidios dejaron en el poeta gallego una profunda huella). De ese modo, Valente pudo ahondar en la configuración de dos campos semánticos —la muerte y la espiritualidad— que ya habían aparecido con anterioridad y que acabarían ocupando lugares centrales en una poética elaborada en torno a registros marcadamente meditativos que cultivará a lo largo de toda su trayectoria con lecturas de hondo calado espiritual y metafísico provenientes de muy diversas tradiciones y que ha de verse como la antihuella de aquel cristianismo militante, en gran medida dogmático y fundamentalista, en el que se había educado. Y cubriéndolo todo, se sigue apreciando el interés por ciertos rasgos que acabarán convirtiéndose en marcas identitarias de la casa: el cultivo de la disidencia y el interés por actitudes heterodoxas.

María Lopo, Doctora en Literatura Francesa por la Université de Rennes 2-Haute Bretagne y estudiosa de la presencia cultural del exilio republicano en Francia, firma el segundo de los ensayos reunidos en este volumen, «Valente en París: Fragmentos recuperados» (pp. 363-516), un trabajo en el que da cuenta con una extraordinaria precisión de la importancia que ese lugar, París (con todas sus implicaciones simbólicas, culturales, políticas e ideológicas), tuvo en la vida de Valente a lo largo de cincuenta años, desde 1949, cuando recorre por vez primera las calles de la ciudad (en la que residirá de forma continuada de diciembre de 1982 a diciembre de 1984, fecha en la que se jubila de su puesto de traductor en la UNESCO). Ese descubrimiento inicial se prolongará de manera más o menos regular a partir de 1958, año en el que fija su residencia en Ginebra. Así pues, desde esa fecha, por motivos personales, literarios o profesionales, los viajes y estancias parisinas son frecuentes. Como en Ginebra,

estableció contactos con la comunidad gallega emigrante y siguió frecuentando círculos del exilio y de la intelectualidad hispánica (a muchos de ellos ya los había tratado en Oxford o en Ginebra) y, entre muchos otros, mantuvo relaciones con Manuel Azcárate, Ramón Chao, José Martínez Guerricabeitia, fundador de la librería y editorial Ruedo Ibérico (otras librerías que Valente pudo frecuentar en París fueron la *Librairie Espagnole* de Antonio Soriano, cita obligada del exilio del treinta y nueve, la *Librairie Hispano-américaine*, abierta desde 1947), Edmond Jabès, escritor cairota de ascendencia italiana y sefardí y de expresión francesa, Juan Gelman, Severo Sarduy, Paco Ibáñez o José-Miguel Ullán. Durante todo este periodo, y especialmente a partir de la década de los sesenta, la poesía valentiana, tanto en español como en sus versiones francesas, se divulga a través de publicaciones periódicas, antologías y revistas de medios y ámbitos muy diversos (en esta labor de difusión de la poesía española contemporánea resultan fundamentales las aportaciones de estudiosos e hispanistas como Dario Puccini, Pierre Darmangeat, Claude Couffon, François López, Robert Marrast, Jacques Ancet, Jacinto-Luis Guereña).

Como muy bien anota y documenta María Lopo en su ensayo, la presencia de Valente en el panorama cultural galo a partir de 1985, una vez ya jubilado, se incrementa de manera exponencial. Su presencia editorial es constante y se suceden los reconocimientos a su trabajo literario, un trabajo que, durante algunos años, pareció tener mayor y mejor recepción en el país vecino que en el nuestro.

A mi juicio, los ensayos reunidos en este volumen —centrados en aspectos relativos al *Valente vital* y no en cuestiones puramente estéticas o literarias, aunque estas últimas estén siempre ahí, en el fondo, atravesándolo todo— cumplen una función prioritaria en lo que a la exploración e interpretación de los motivos temáticos e intereses poéticos valentianos se refiere; se trata, pues, de unos trabajos imprescindibles en el diagnóstico de una escritura que, en soledad, alejada de sus semejantes, consiguió indagar en lo oculto de un agujero con la pretensión de encontrar ese «vacío secreto» al que pudo referirse Valente en *Material memoria*. Y, por utilizar conceptos de una vieja *querelle* en la que nuestro poeta se vio implicado, en ese instante, la poesía no es comunicación sino donación, revelación, conocimiento de una realidad que no se deja atrapar de otra manera, con otro lenguaje. Es claro que esa idea del *vacío secreto* le obsesionaba de alguna manera. Así, en una entrada de su diario del 9 de marzo de 1983 puede leerse: «La poesía no solo no es comunicación: es, antes que nada o antes, mucho antes de que pueda llegar —si llega— a ser comunicada, incomunicación, cosa para andar en lo oculto, para echar púas de erizo y quedarse en un agujero sin que nadie nos vea, para encontrar un vacío secreto». Valente no cejó en su empeño de llegar hasta el fondo de ese agujero, no tanto para convertirlo en problema del poema o *dictum* del enunciado sino para hablar desde ahí, construir un lugar que fuese a la vez umbral y sepultura de toda enunciación, alumbramiento y disolución del don de la palabra.

En resumen, quedan profusamente documentados los movimientos valentianos durante el prolongado periodo de su vida que aquí se rastrea: participaciones en muy diferentes actividades sociales y políticas, lecturas, proyectos culturales, encuentros y desencuentros con personalidades más o menos relevantes del exilio, etc. Así, mucho más allá del valor de reconstrucción arqueológica de

una vida a partir de la meticulosa acumulación de una serie de datos mensurables, este *Valente vital* (*Ginebra, Saboya, París*) se presenta ya como un texto de referencia y de obligada lectura para todo aquel que quiera adentrarse en los intersticios de un escritor que entendió siempre el lenguaje como un motivo de tensión y de conflicto, alguien que hizo de la poesía, casi desde el primer momento, un escenario entrecruzado de diferentes tradiciones artísticas y culturales. De ese modo —como sucedía en la primera entrega de esta serie, dedicada a los años pasados en Galicia, Madrid y Oxford—, este volumen desvela con claridad los mecanismos de una escritura que —desde sus mismos inicios— se muestra extremadamente consciente de la inestabilidad del principio sobre el que se asienta: la poesía es conocimiento, aunque nunca conocimiento adquirido de antemano sino conocimiento puesto en juego a cada instante con el riesgo de perderlo o no alcanzarlo. A la luz de esta premisa, la poesía es el lugar de la posibilidad y la lectura poética no ha de entenderse sino como una actividad abierta, crítica e indagadora, una actividad en la que *todo* es posible precisamente porque *nada* tiene el valor de la seguridad, *nada* está garantizado. Escribir y leer poesía, parece querer decirnos Valente a lo largo de toda su obra, es iniciar una conversación con la trémula esperanza de desterrar la soledad y el silencio a los que finalmente estamos convocados.

Alfredo SALDAÑA

Universidad de Zaragoza

asaldana@unizar.es

TROPELIÁS